

**Resumen**

El artículo recoge y critica diez prejuicios sobre la construcción de la historia de la lingüística. En ellos se resume un espíritu antihistórico que pone en peligro la perspectiva científica de los lingüistas. La negación del interés de la historia o la reducción de su atención a la propia escuela son manifestaciones de esos prejuicios. La concepción de una historia acumulativa y definitiva es otro de esos tópicos engañosos. Frente a esos prejuicios está la práctica de la historia de la lingüística, que apela al principio de que la lingüística opera con una variedad de paradigmas en competencia. El sentido histórico permite asimilar la realidad de que los modelos de la lingüística están determinados por la perspectiva con que se estudia el lenguaje y la comunicación.

**Palabras clave**

Historiografía, prejuicio, historia, relato, escritura, mito.

**Abstract**

The article collects and criticizes ten prejudices about the construction of the history of linguistics. They summarize an antihistorical spirit that endangers the scientific perspective of linguists. The denial of the interest of history or the reduction of its attention to the own doctrinal current are manifestations of those prejudices. The conception of a cumulative and definitive history is another one of those deceptive topics. Faced with these prejudices is the practice of the history of linguistics, which appeals to the principle that linguistics operates with a variety of competing paradigms. The historical sense allows us to assimilate the reality that the models of linguistics are determined by the perspective with which language and communication are studied.

**Key words**

Historiography, prejudice, history, story, writing, myth.

Fecha de recepción: 09/02/2018 - Fecha de aceptación: 21/04/2018 – Fecha de publicación: 08/05/2018

## 1. Presentación: el encierro del presente

El encierro del presente es para la lingüística el sometimiento a los prejuicios sobre su historia<sup>1</sup>. El encierro del presente produce el solipsismo, el egocentrismo de lo inmediato, que dificulta asumir una perspectiva histórica y científica. Nuestra tesis es que la visión que tienen una parte de los lingüistas está lastrada por prejuicios sobre lo que significa pensar la historia. Sucede que la historia de la lingüística se trivializa en esos círculos y se la desplaza lejos del canon científico. Este efecto se deriva no sólo de un error intelectual sino de una postura doctrinalmente interesada. De algunos de esos errores conceptuales, concretados en diez prejuicios, trata este artículo.

Al preguntamos qué papel juega la historia de la lingüística en la investigación lingüística, podemos aducir que se trata de una cuestión interesante y de difícil respuesta. El debate sobre esta cuestión es inusual y, al parecer, de escasa repercusión para la lingüística general. Hay un contraste profundo entre lo que representó para la lingüística la investigación de su historia varias décadas atrás y lo que supone hoy, en un lugar periférico no muy lejano del ostracismo científico.

Para contraste con esa situación, conviene recordar que hubo un tiempo en que la historia se acogía con deferencia, como cronista entusiasta de una etapa de esplendor y la erudita de admirables antecedentes. La lingüística alcanzó un extraordinario grado de producción científica a mediados de los años sesenta. De entre sus disciplinas, la historia de la lingüística fue la más prolífica. Encabezó el número de publicaciones tanto en trabajos de investigación como en obras de divulgación. De estas últimas obtuvieron mucha visibilidad los manuales, una especialidad que se benefició de la dedicación que le prodigaron notables autores y de una excelente recepción de los lectores.

El manual prototípico de esa etapa es *Breve historia de la lingüística*, de Robert Henry Robins, aparecido en 1967 y que ha conseguido una larga trayectoria editorial. Se da el caso de que su autor realizó en el libro revisiones y ampliaciones hasta la edición de 1997. Además, como publicación la obra sigue viva en el catálogo editorial. El largo ciclo de vigencia académica del texto de Robins refleja la feliz conjunción de un lingüista sobresaliente con una audiencia interesada por la perspectiva histórica de signo cultural que revela en su obra (Laborda 2013: 28-38).

Sin embargo, la competencia de paradigmas que se produce en la lingüística ha cambiado la situación. Como razona Enrique Bernárdez (2008: 84-90), algunas escuelas manifiestan displicencia ante la historia de la lingüística, cuando no es hostilidad, para justificar la desatención al contexto de las escuelas y a la tradición. Se prescinde de este modo del recurso que puede iluminar el panorama actual y sus relaciones históricas. Con ese recurso se busca alcanzar una perspectiva capaz y crítica, que permita tener un mejor conocimiento de lo propio y de otras corrientes (Laborda 2017a). El propósito de la historia de la lingüística es aportar esos elementos,

<sup>1</sup> Este estudio se ha realizado en el proyecto FFI2015-64459-P, MEC (0FIL), "La evolución (inter)generacional de las bilingüizaciones: contextos, mantenimientos y sustitución lingüísticos".

pero no ya como erudición sino como instrumento para escapar del solipsismo y del egocentrismo del presente y de lo que llamaríamos “mi presente”.

Entrando en lo específico de nuestro análisis, cabe indicar que un obstáculo para apreciar y practicar la historia se halla en los prejuicios. Se trata de prejuicios básicos, aquellos que afectan cómo se concibe la construcción y la finalidad de la historia. Aquí presentamos diez de esos prejuicios, que enumeramos y comentamos a continuación.

1. La historia es como una catedral, construida sillar a sillar, para siempre.
2. La historia está hecha de acontecimientos del pasado y no del discurso actual.
3. El relato de la historia es como un río que avanza en una cronología continua.
4. En nuestra ciencia no importa el conocimiento de la tradición.
5. La historia relevante es la de mi escuela.
6. La historia es incompatible con la literatura.
7. El historiador ha de ser un especialista, un profesional de la historia.
8. La escritura de la historia es incompatible con la dimensión profética.
9. Tratar de ética en la historia es incongruente.
10. La historia no es historia de su escritura sino de los acontecimientos.

## 2. Prejuicios sobre la historia de la lingüística

### 2.1. La historia es como una catedral, construida sillar a sillar, para siempre

La idea monumental de la historia nos induce a concebirla como un monumento. La historia sería como una obra pública y duradera, que exhibe un valor científico incuestionable para siempre. En términos figurados, podríamos decir que la historia es como una catedral. La catedral es un símbolo de monumento artístico. Proyecta la idea de una construcción imponente, erigida con una intención de perennidad.

Para rebatir el mito de la catedral, el historiador John Lukacs (2011: 130) lo califica de decimonónico y obsoleto. Afirma que “la visión del siglo XIX es que existe una Catedral de la Historia, que los historiadores profesionales van construyendo ladrillo a ladrillo”. Afirma que “no existe tal catedral, pues su construcción nunca podría terminarse, ni siquiera la de una ala”. Lukacs cierra el razonamiento sobre la analogía arquitectónica con la conclusión de que “ciertamente, hay huecos en el conocimiento histórico que pueden y deben rellenarse, pero ese relleno jamás será permanente”.

Más allá de la argumentación mediante símbolos, la razón de que no haya una historia definitiva, cerrada en sí misma como lo haría un monumento artístico, se cifra en que “una de las particularidades de la historia es su carácter revisionista”, apostilla Lukacs. El revisionismo consiste en la función crítica, que revela no sólo los sesgos introducidos y los errores cometidos, sino la necesidad de unas respuestas específicas a las inquietudes contemporáneas.

La actualidad de esta exigencia crítica parece evidente a los ojos del historiador J. Lukacs, quien advierte que “es necesario que el historiador profesional sea consciente de esto porque entre algunos aún prevalece la vieja visión propia del siglo XIX”. Si entre especialistas de la historia resulta necesario hacer una llamada de atención de este tipo, que afecta a los principios de su trabajo, se puede entender que en el campo de la lingüística lo sea aún más. Y ello, ¿por qué? Decimos que es más necesario el aviso de ponerse al día a los lingüistas sobre la concepción de la historia porque se suele practicar como un complemento o una bifurcación intelectual, sin una reflexión especial al respecto. Entre los lingüistas, la idea de la catedral como construcción de los historiadores puede parecer no solo razonable sino deseable, el ideal del relato histórico.

## 2.2. La historia, hecha de acontecimientos del pasado y no de discurso actual

La historia es un género narrativo que, a diferencia de la ficción, persigue objetivos científicos (Laborda 2002). En este principio distinguimos dos ideas. La primera es de identidad, ya que presenta una afinidad narrativa entre historia y novela. Al mismo tiempo, la segunda idea es de alteridad, de separación entre los términos. Indica que si la novela responde a un orden estético, la historia está vinculada a formas del conocimiento científico, en lo cual se distingue de la inventiva novelística. Esta última idea, la del estatuto singular de la historia, es tan antigua como la misma ciencia. La otra, la de la afinidad narrativa, se ha plasmado recientemente. Tanto es así que aún resulta una novedad debatir la condición narrativa de la historia y su cercanía a la fábula y la ficción en general.

Roger Chartier (1993) declara con alivio que “a lo largo de los últimos años, los historiadores han tomado conciencia de que su discurso, sea cual sea su forma, es siempre una narración”. La trascendencia que se atribuye a esta perspectiva es notable, hasta el punto de que incita a una revisión global de la metodología. Es aún más explícito Chartier cuando condensa su significado en una sentencia: “La historia es un discurso construido como la ficción, pero que a la vez produce enunciados científicos”. Al descomponer la sentencia en aseveraciones simples, obtenemos la siguiente relación:

- a) la historia es discurso;
- b) su discurso es narrativo, como también lo es el de la ficción;
- c) el discurso es científico, condición que incorpora mediante unos procedimientos y unas fórmulas expresivas propias.

Esta descripción conceptual acredita una provechosa coherencia con el paradigma hermenéutico de ciencia que se propone para las ciencias humanas y sociales. La primera observación (a) disuelve el prejuicio de la identidad del escrito histórico con las cosas, *res gestae*. Según ello, el pasado y sus hechos no tienen más existencia que la diestra presentación que el discurso les pueda prestar. La historia es producción discursiva, flujo representativo, construcción simbólica. En el siguiente paso de la definición hallamos la nota del formato narrativo (b), la cual afirma que no es discurso expositivo, o bien que no se trata de una producción directa y positivamente representativa, si por ello se entiende la fiel compilación de la realidad con la misma relación que

se establece entre el espejo y la imagen reflejada de un objeto presente, inmediato y corpóreo. Por su parte, la última premisa (c) lleva a estudiar los elementos del registro de la prosa didáctica de la historia (Certeau 1975).

### 2.3. El relato de la historia es como un río, una cronología continua

La imagen del río refleja la idea de que la historia es como un curso, un recorrido fluvial. Aflora en algún lugar, como un manantial milagroso que brota de la roca, y que avanza valle abajo, creciendo con cada afluente que se suma a su cauce. Con cada vez más caudal y más notoriedad para su nombre, visita poblaciones de importancia creciente y con un caudal notable desemboca en el mar de nuestra actualidad. Se diría que un destino inexorable, como el que señala el trazo de su trayecto en el mapa de la región, conecta aquellas ideas de la antigüedad con nuestro presente, en un acto que rinde homenaje a la tradición, a la vez que recauda el prestigio del abolengo científico.

Pero esa idea de progreso, desde las fuentes del río hasta el delta de la actualidad, es un efecto ideológico que da un sentido de orden y de trascendencia ilusorios. El filósofo Michel Foucault (1971: 149-179) critica el mito de la teleología de la historia, el mito de que el curso de los acontecimientos y del progreso científico se debe a un propósito deliberado y perspicaz de los antecesores. Foucault arguye que la historia no tiene sentido, es decir, que no sigue un plan ni avanza de manera progresiva, a pesar del empeño que se ponga en interpretarla así. La crítica de la teleología sostiene que la historia no tiene sentido, pero es inteligible. Esto quiere decir que la historia es interpretable, porque permite extraer explicaciones de sus procesos y discontinuidades. Con ello el humanista nos advierte contra el uso de la historia como justificación o enaltecimiento de nuestra realidad y propone su estudio como motivo de interrogación sobre la mitificación del pasado.

Dejamos a un lado la idea de la historia como un río que avanza hacia el destino marítimo o, lo que es lo mismo, la pretensión de urdir una cronología continua, alargada y conectada, por otra que se compone de tramas, de un conjunto de selecciones. Con el apartamiento del símbolo del río se supera la ambición ilusoria de cubrir la totalidad de lo acontecido y significativo. La interpretación de los hechos acaecidos y de sus vestigios no es exhaustiva. No cubre ni lo explica todo, un objetivo éste por otra parte imposible y, probablemente, estéril. El historiador escoge unas épocas y, de los correspondientes materiales, selecciona lo que considera significativo. Y establece así un itinerario o, lo que es lo mismo, una trama histórica.

Ningún itinerario abraza el conjunto, ni puede ser la definitiva comprensión de este conjunto. La trama es una elección. Reúne acontecimientos en un campo cuya configuración puede ser apreciada de manera similar por otros historiados o garantiza un ámbito preciso y constructivo para la discrepancia. (Veyne 1971: 36s). La trama es una realidad superior al conjunto de los hechos que aglutina, justamente porque los ordena y relaciona, porque supera los límites de su cronología y les otorga un sentido. El historiador Paul Veyne define el concepto de trama en el fragmento que transcribimos:

Los hechos existen aisladamente en el sentido de que el tejido de la historia es lo que llamaremos una trama, una mezcla muy humana y poco “científica” de azar, de causas materiales y de fines. En suma, la trama es un fragmento

de la vida real que el historiador desgaja a su voluntad y en el que los hechos mantienen relaciones objetivas y poseen también una importancia relativa (Veyne 1971: 34).

Pongamos un ejemplo referido a la historia de la lingüística. Un objeto temático que delimita una trama es el estudio histórico de la teoría del signo y toda la red de influencias en la lógica y la gramática. Y puede incluir el pensamiento estoico, el cartesiano —según la interpretación chomskiana de una tradición racionalista— y el modelo estructuralista. Esta enumeración no es exhaustiva, considerando que sólo presenta tres aportaciones, las del mundo antiguo, del barroco y de la lingüística moderna. Es suficiente, pues como trama relaciona tres niveles temporales, sin vincularse a una cronología lineal y continua, que podría resultar superflua y engañosa.

Una de las razones de esa condición engañosa radica en la presentación de la historia como una continuidad y como la proyección de un estadio fundacional que progresa como lo haría la conciencia de un individuo hasta alcanzar su madurez. Este enunciado quiere remitir a la crítica radical que Michel Foucault hace de la historia, en su gran programa de investigaciones sobre la epistemología y la genealogía del saber. La calificación de programa “revolucionario”, como sostiene P. Veyne (1971), es un indicio, un motivo más, para leer atentamente una propuesta que adscribe a todo historiador la función de analizar “la historia de nuestras verdades” en vez de decir “la verdad de nuestra historia”. Foucault critica las ideas de origen o principio fundacional de la historia de la ciencia y las ciencias, la del reconocimiento del pasado en vez de su conocimiento, la de la evolución continua y progresiva o la presuposición de un sujeto de esta historia eternamente igual a sí mismo. Y se resumen sus críticas en la aseveración ya mencionada de que la historia no tiene sentido, pero resulta inteligible.

#### 2.4. En nuestra ciencia no importa el conocimiento de la tradición

Enrique Bernárdez (2008: 84-90) ha denunciado el prejuicio del antihistoricismo que se alienta sin ambages en el seno de corrientes influyentes de la lingüística. Esa actitud de negación del valor de la historia viene a referir que las etapas del pasado resultan obsoletas e inútiles para el progreso científico. A lo sumo, según tal enfoque, se les puede reconocer un interés cultural, a modo de ilustración sobre unas raíces lejanas y exóticas. Para estas corrientes, la historia suscita antipatía desdeñosa.

Ese no es un problema aislado, sino el indicio de una situación que merece la crítica de Bernárdez. En una composición general de la situación, sostiene que en la lingüística actual hay ciertas tendencias y prácticas que parecen “todo menos convenientes”. Como haría la figura tonante de Nietzsche contra los prejuicios de la filosofía, Bernárdez afirma que esas malas prácticas “afectan a todo el trabajo lingüístico, desde la selección de temas de estudio hasta la búsqueda de bibliografía, la discusión de propuestas paralelas o previas e incluso la presentación misma de los datos” (Bernárdez 2008: 84).

Un diagnóstico tan drástico puede sorprender por la opinión negativa y radical, y porque resulta inusual entre los especialistas. Si mencionamos la polémica no es para debatirla aquí, sino para relacionarla con el asunto del antihistoricismo. Precisamente, la carencia de una perspectiva histórica dificulta la discusión de este asunto porque no se dispone de referencias, acostumbrados como están los lingüistas a trabajar en su disciplina según

los principios de su escuela. No obstante, puede revelar algunas pistas sobre la naturaleza científica de la lingüística. Se sustenta en el tópico de las dos culturas, la humanística y la de las ciencias experimentales, que puso en circulación el físico y novelista británico C. P. Snow a mediados del siglo pasado. Snow, que abogaba por la comprensión de esas dos culturas, es el acicate para que algunos lingüistas consideren que su ciencia corresponde a las dos culturas. Los lingüistas se complacen así en conciliar las dos bondades, la humanística y la científica.

¿La lingüística es una rama de los estudios humanísticos o bien una ciencia natural? Para dar con la respuesta apropiada hay que acudir a la perspectiva histórica. Como apunta Ranko Bugarski (1976: 5), hay un origen humanista, al que con posterioridad se añaden desarrollos empíricos y formales. “Tras comenzar como una rama de las humanidades, la lingüística pasó a ser considerada como una ciencia natural, y, más tarde, como una ciencia social que muestra ciertas características de las ciencias exactas”. Es una curiosa metamorfosis, que lleva a preguntarse si lo que ha cambiado es la esencia de la ciencia o la perspectiva del observador.

La naturaleza científica de la lingüística es un dilema sutil y relevante. Una opción, quizá simplista, consiste en evitar la elección al tomar las dos opciones a la vez. Afirma que la lingüística es “la más científica de todas las humanidades y la más humanística de todas las ciencias”. El historiador bosnio R. Bugarki admite que hay cierto fundamento en el aforismo de la doble identidad de la lingüística. Es un fundamento histórico, porque suma pasado y presente, sin desestimar ninguna de estas fuentes, la humanística y la experimental. Pero, a la vez, el historiador augura la superación de una distinción tan “artificial”. Separar el conocimiento en dos ramas tiene sentido, pero es una idea arbitraria atribuir la condición científica sólo a una de ellas.

Como anhela Bugarski, ¿la lingüística eliminará “la distinción más bien artificial entre las ciencias y las humanidades”? ¿Debería presentarse como una síntesis de ambas o bien desestimar esa distinción? Pero el debate va más allá de tales términos porque no es una cuestión de etiquetas. Plantea la elección entre diferentes enfoques de la propia lingüística. ¿Qué es la lingüística?, ¿un estudio de las estructuras o del uso?, ¿una disciplina axiomática o contextual? Son programas divergentes sobre cuyo valor los lingüistas debaten intensamente.

En definitiva, el debate sobre la identidad de esta ciencia arroja diversos interrogantes. ¿La lingüística es canónica y excluyente o es diversa en paradigmas?, ¿dogmática o comprensiva?, ¿un tirano o un gobernante? ¿Qué dicen los historiadores que es la lingüística?, ¿gramática?, ¿epistemología de los universales?, ¿retórica y discurso? o también ¿antropología textual? El dilema no es resoluble mediante una elección entre estas opciones, sino con la crítica de la conciencia histórica. El dilema tramposo de las dos culturas, tal como razonan algunos lingüistas, es resoluble contradiciendo su planteamiento y proponiendo una narración propia y soberana. Una muestra de esta labor se halla en el estudio de las fuentes de la lingüística y en la visibilidad de los diferentes metalenguajes, comenzando por la retórica como primer modelo sobre el discurso.

Resulta mortificante reconocer que un departamento de lingüistas conocido por el autor publicó la mencionada frase –“la más científica..., la más humanística...”– en la portada de su página en la red. De nada sirvió que argumentara contra el lema de la lingüística como la más humanística de las ciencias y la más científica de las humanidades. No les pudo disuadir porque no quisieron saber de la historia del lema de las dos culturas

de Snow –satirizado por su colega académico Anthony Burgess–, de endeble origen conceptual y dudosa validez si se compara la lingüística con otras ciencias. A esos colegas les satisfizo exhibir una frase publicitaria, acrítica y antihistórica, con propósito promocional.

## 2.5. Solo yo y mi escuela

No parece recomendable rechazar la historia de la propia disciplina, porque en el mejor de los casos esta posición puede ser tildada de enemiga del humanismo. Declararse contrario a los estudios de historia ha de levantar sospechas sobre la perspicacia de la corriente lingüística que se manifieste en ese sentido. Si la lingüística es una ciencia en que se siguen diversos modelos, lo propio es tener interés por el contexto actual de tales modelos y por el histórico de las raíces culturales. Por ello es corriente apelar a alguna razón particular para justificar una posición poco receptiva. Una de ellas es que “solo existe mi escuela”.

Con una afirmación como la de que solo existe mi escuela se desestima el resto de corrientes o modelos y se empobrece el debate científico. Pero los efectos van más allá. Se niega de raíz el sentido a la perspectiva histórica, porque el estudio de la escuela propia no tiene valor fuera de contexto. Esta posición tiene la ventaja para quien la enuncia de que no pone en duda la preeminencia de su escuela. Su defecto es que desatiende o reniega de la realidad de su ciencia. Como recuerda Bernárdez (2008: 86), “en lingüística, como en todas las disciplinas humanas y sociales, trabajamos con una variedad de paradigmas en competencia”.

Otro argumento útil para el mismo fin negacionista es alegar la inexistencia de antecedentes. Se trata de una versión radical de la premisa anterior. Se expresa mediante la negación de antecedentes. Con ello se da a entender que el científico respeta la historia, pero lo que observa en ella es irrelevante o tiene unas coincidencias banales en la actualidad.

Esto nos lleva a un tercer tipo de argumento que, con una ligera variación de los precedentes, compara el extraordinario vigor del presente con un pasado enteco o exiguo. En este caso se apela a “los intereses actuales de la ciencia”, que resultan incomparables con cualquier precedente. Es un recurso fácil señalar las enormes diferencias entre las aportaciones históricas y un modelo actual, que, fruto de un tiempo con muchos medios, está acomodado en una red conceptual coherente y unos proyectos de investigación productivos.

Podemos apreciar en este tipo de razonamiento cómo con una verdad, la de la suficiencia y superioridad presente, se establece el principio engañoso de la renuncia o la negación de los elementos históricos de la disciplina. El sentido de este comportamiento se explica de diversos modos. En alguna escuela, el individualismo de los promotores les induce a presentarse como un hito histórico, puesto que han imprimido un giro inédito a la disciplina. El beneficio va más allá, ya que se niega también la diversidad de paradigmas que compiten por dirigir la ciencia. Con ello el debate se desplaza del pasado al presente, en el que en realidad se libra la pugna de poder por el arquetipo o el liderazgo en lingüística. Si se evita mirar el contexto, el histórico y el contemporáneo, se evita el riesgo de citar a otros autores y a sus escuelas. El silencio se convierte, a su entender, en una prueba de que fuera de su círculo está el vacío.

## 2.6. La historia es incompatible con la literatura

Como género narrativo, la historia tiene afinidades con la producción literaria. Les une la creación de un discurso narrativo. Les diferencia el uso del relato de ficción por parte de la literatura y el de carácter científico por parte de la historia. El balance arroja más puntos en común que diferencias. De ahí que el análisis de sus textos sea luminoso con conceptos relativos al relato (Dosse 2001).

De las propuestas para comprender la estructura narrativa de los relatos, destaca la del psicolingüista Jerome Bruner (1990), según el cual la estructura del relato consta de cuatro funciones: agentividad, secuencialidad, canonicidad y perspectiva. Es su teoría del dramatismo.

Para que las narraciones puedan realizarse de forma eficaz, son necesarios cuatro constituyentes gramaticales fundamentales. En primer lugar, se necesita un medio que enfatice la acción humana o la "agentividad", es decir, la acción dirigida a determinadas metas controladas por agentes. En segundo lugar, es necesario que se establezca y se mantenga un orden secuencial, y que acontecimientos y estados se encuentren "alineados" de un modo típico. En tercer lugar, la narración requiere de una sensibilidad para lo que es canónico y lo que viola dicha canonicidad en la interacción humana. Por último la narración requiere algo parecido a lo que sería la perspectiva de un narrador. En la jerga de la narratología, una narración no puede carecer de una voz que la cuente (Bruner 1990: 83).

La explicación de los términos indica que la agentividad se refiere a los agentes o actores que aparecen en la acción narrada, en el enunciado, y que se ocupa de cuestiones como éstas: ¿quién hace qué?, ¿con qué instrumentos o materiales desarrolla su acción?, ¿qué finalidad la guía? La secuencialidad vincula los agentes y las acciones a un sentido temporal, ya sea lineal o fragmentario, progresivo o regresivo, causal o fenomenológico. Ordinariamente, la temporalidad vale como vector con el que avanzan las causas, y ésta determina los efectos. La canonicidad se refiere al conjunto de principios que hacen verosímil y verídico el relato.

Según esta instancia fundamental de la canonicidad, observamos que en el modelo mítico las referencias a las fuentes pueden ser imprecisas, sobreentendidas o inclusive misteriosas, pero sin embargo, en el modelo científico, el aparato de citas ha de ser preciso y de las fuentes se exige solvencia. La cuarta y última dimensión narrativa, la perspectiva, es este sentido que propone la voz, la del autor. La función de la perspectiva, como culminación de todas las precedentes, establece el principio de la historia como actividad representativa o, lo que es lo mismo, el principio de que la historia no preexiste al historiador. Este principio incluye unos presupuestos básicos: 1) la historia es la escritura que realiza el historiador; 2) la escritura no es producción aleatoria sino genérica, formal y funcionalmente predecible; 3) la escritura no es azar existencial ni anécdota ideológica, sino la realidad plural y agregada de escritores, una colectividad instituida por una formación académica y unas identidades de escuela o corriente; 4) la historia que narra el escritor no es verdadera, porque no refleja un objeto existente ni unívoco, sino que hace una aportación en otra dimensión, la de la construcción o la edificación de una realidad, y que presupone una interpretación.

Al amparo del formato narrativo han surgido modelos de análisis aleccionadores (Bruner 1987, 1990; White 1987). En último término, la observación de discurso genérico (c), un género científico, introduce aspectos de estilo, terminología, presencia de voces e invocación de fuentes. Aquí se concentra un campo de estudio sobre la forma de la historia, un campo de la escritura de la historia y de las marcas privativas del género, que brillantemente han tratado R. Barthes (1967, 1968) y J. Lozano (1987), con una perspectiva lingüística.

Un ejemplo de hibridación de historia y literatura es el tratamiento expositivo y narrativo que realiza Umberto Eco de la figura del siglo XVII que es Athanasius Kircher. En Kircher, el jesuita apasionado por la ciencia, se reúne ciencia y política, expresión de las ciencias y recurso para convertir a ídólatras en la colonización del Nuevo Mundo. Y Eco trata de él en una obra historiográfica, *La búsqueda de la lengua perfecta* (1993), y en la sugestiva novela *La isla del día de antes* (1994). Si superponemos o leemos de manera articulada estas dos obras, reconocemos un hito historiográfico. Es la entrada de la historiografía lingüística en la multimodalidad discursiva, esa combinación de patrones expositivos y narrativos.

## 2.7. El historiador ha de ser un especialista, un profesional de la historia

Un historiador profesional es una garantía de calidad, pero no de capacidad crítica y de novedad intelectual. Umberto Eco ha hecho hincapié en la idea de laberinto como escenario beneficioso para la investigación. El modelo de la historiografía como laberinto, como relato del trayecto de su explorador, puede expresarse con la imagen del bosque. “Un bosque es, para usar una metáfora de Borges, un jardín cuyas sendas se bifurcan” argumenta Eco (1994: 14), pues por sendas o en la espesura cada cual traza su propio recorrido. Como el lector ante un texto narrativo, el historiador se ve obligado a efectuar elecciones continuamente. Y su discurso es precisamente la memoria de su recorrido, de los criterios y de los hallazgos. Se trata del historiador de Babel, cuyas cualidades pueden estipularse en un decálogo de principios, que proponemos a continuación. Es la consecuencia de nuestra interpretación de la historiografía reciente. Y tiene la influencia formal de Eco, ya que imita el estilo del decálogo que Eco compuso para la biblioteca de Babel.

1. El historiador de Babel se ocupa de lingüística, filosofía, literatura e historia del arte, entre otras disciplinas.
2. El historiador de Babel frecuenta los géneros del ensayo historiográfico y de la narración.
  1. Concibe la narración de ficción como una fuente de conocimiento.
  3. Concibe la historia como una dimensión de obras abiertas y como un proceso interpretativo.
  4. No es un especialista de la historiografía, sino que la cultiva como extensión de otras investigaciones.
  5. Aplica los estudios históricos a diversos ámbitos de la lingüística, sobre los que proyecta una perspectiva histórica.
  6. Desarrolla la historia de la lingüística como exploración científica y no como justificación de su modelo teórico.
  7. Sus estudios tratan de cuestiones que afectan los paradigmas epistemológico, gramatical, discursivo y metodológico de la historiografía.

8. Está interesado no sólo en publicar qué descubre, sino también en explicar cómo investiga y cómo escribe.
9. Comunica con entusiasmo su labor y contagia el interés por la historiografía, tal como lo haría una celebridad social con dotes de orador.

Norma áurea: El historiador es original y refunda la historiografía, porque escribe tanto para los lectores contemporáneos como para los futuros.

## 2.8. La escritura de la historia es incompatible con la dimensión profética

Escribir sobre la historia de la lingüística supone narrar episodios protagonizados por maestros, sabios, editores y profetas (Laborda 2017b). Los discursos del historiador tratan de gramáticas, retóricas y modelos lingüísticos, pero su interés y validez brotan de las voces de autores que dieron a la imprenta sus trabajos. Brotan de la capacidad con que esas voces ofrecieron respuestas perspicaces a las inquietudes y necesidades de su comunidad. Cada una de ellas es única, pero tienen algunas similitudes entre ellas, de modo que forman grupos que encajan en un rol o una personalidad. Son las personalidades, como queda dicho, de los maestros, los sabios, los editores y los profetas. Se corresponden con las tramas cívica, epistemológica, gramatical y hermenéutica. La trama cívica refiere la acción social del discurso. La epistemología lo hace sobre teoría del signo y los grandes modelos. La gramatical o analógica realiza la descripción de la lengua. Y la hermenéutica se ocupa de la interpretación de los textos históricos.

El maestro se desenvuelve en la tarima, el aula o su despacho de trabajo. Fundamentalmente es un formador. Prepara a estudiantes, a candidatos para la política o a quien lo solicite con lo que en la Antigüedad fue una psicagogía, es decir, un programa de estudios completo. Su instrumento es la retórica, un modelo metalingüístico de su invención que adiestra sobre el discurso. El conocimiento y uso del discurso es la clave para participar en la vida pública, sea la política, los negocios o la justicia. Este maestro fue el sofista griego, el rétor romano, el humanista del Renacimiento o el profesor en la actualidad. Es formador, pero también consejero, político, orador, escritor, periodista, jefe de protocolo o publicista. El estudio de la sofística, la retórica y la historia de la oratoria corresponde a la trama que representa el maestro.

El sabio trabaja en su gabinete de estudio, el laboratorio o el archivo. Es un académico y un investigador. Se distingue por la erudición y el debate público que establece entre sus correspondientes mediante la edición de sus trabajos. Se ocupa de cuestiones teóricas de su especialidad. La teoría del signo sintetiza sus desvelos porque en ella se dilucida la relación de los signos con los referentes del mundo. El sabio escudriña y dilucida en la expresión lingüística la estabilidad del conocimiento científico. Las teorías sobre paradigmas y modelos científicos interesan al sabio. Su mayor aspiración es encabezar o impulsar una corriente lingüística, como las del comparatismo, el estructuralismo, la glosemática, el generativismo o el cognitivismo. El estudio de los principios de estas corrientes y de sus inflexiones constituye la tarea del sabio.

El editor es una figura que, como la del sabio, en la historia de la lingüística ha merecido la mayor atención. Su recinto de trabajo es la biblioteca, el escritorio de copista, la imprenta y la librería. Su metalenguaje o herramienta técnica es la gramática, una invención que ha necesitado siglos para madurar y poderse presentar en sociedad. Los oficios del editor son múltiples. En primer lugar ha sido bibliotecario, el conservador del bien cultural de los papiros, códices y libros. Luego ha desarrollado la pericia del gramático, necesaria para distinguir aciertos y errores en las versiones de obras. En un nuevo ciclo ha consumado su función como editor al hacer copias o publicar obras, para asegurar su conservación y promover conocimiento. Además de estas labores, también es traductor, crítico literario y librero. Si bien la función es publicar obras, para la lingüística tiene mayor importancia la labor gramatical. De ahí que el gramático haga a un lado al editor, hasta el punto de convertirse en el arquetipo del filólogo. Bajo el prisma del editor, son objeto de estudio de la historia de la lingüística las gramáticas y los diccionarios.

Finalmente llegamos al personaje del profeta, una figura que parece discordante con el elenco de agentes de la cultura, sean activistas como los sofistas, eruditos como los fundadores de corrientes o los multifacéticos editores. El profeta es el historiador, aquel del presente y la inspiración del futuro. El historiador interpreta la historia porque concibe lo acontecido con la perspectiva de quien se anticipa a su tiempo. Como dijo el filólogo Friedrich Schlegel, allá en 1798, “el historiador es un profeta que mira hacia atrás”. Así se conciben los historiadores, visionarios comprometidos con un diálogo social, que con relatos construyen la memoria del pasado, para responder a las inquietudes del presente. El profeta es historiador, narrador y crítico. Su cometido es responder de manera práctica y crítica al problema de la conciencia histórica, al problema de la magnitud y valor de los autores y las teorías de la historia de la lingüística. Ello nos lleva a rebatir el prejuicio de que la escritura de la historia sea incompatible con la dimensión profética, porque en historia es necesaria la perspectiva del visionario.

## 2.9. Tratar de ética en la historia es incongruente

Los relatos son exploraciones de los límites de la legitimidad. Para el caso de la ficción, importa la regulación ética que aporta, pero también incluye aproximaciones cognitivas a la realidad. Del mismo modo, el género de la historia se nutre de aportaciones en estos dos órdenes, cognitivo y moral. Son representaciones del sentido de los hechos del pasado, entendidas como la integración de valores y modelos teóricos. El programa historiográfico es una respuesta práctica y crítica al problema de la conciencia histórica. Cuando se dice que resulta práctica y crítica significa que se dirige a unas cuestiones específicas y que evalúa discursos en su contexto, para dilucidar el sentido. El problema de la conciencia histórica se refiere a una responsabilidad intelectual y ética, que declara la importancia de interpretar la identidad comunitaria como realidad procesal, como realidad discursiva e ideológica, impregnada de valores producidos históricamente.

Una obra representativa de esta concepción crítica es la de Vivien Law (2003), *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*. La autora, especialista en historia medieval, comenzó a preparar este libro en 1989. Era consciente de que un trabajo de este tipo suele requerir un equipo de redactores que aporte el conocimiento de su especialidad. Sin embargo, decidió escribir un manual de historia en solitario. Acotó el campo de su

narración, que centró en la tradición occidental, desde la Antigüedad clásica hasta el Renacimiento. La elección se debió al conocimiento que la autora poseía del pensamiento europeo y a la unidad intelectual que aprecia en este largo período de dos mil cien años.

El valor de la obra de V. Law va más allá de los contenidos que expone, pues se halla en cómo lo cuenta. La historiadora tuvo un especial interés en explicar su metodología, en el sentido de dar razón de las fuentes que consulta, de los criterios que aplica y de las interpretaciones que propone. Los capítulos introductorio y final de la obra son un compendio de cuestiones que merece la pena considerar antes de entrar en la narración histórica, como son la preparación intelectual del historiador, las actividades que ha de realizar, el sentido científico de una historia de la lingüística, la ética del historiador y los efectos conceptuales de su trabajo. Todo ello es fundamental porque concentra los principios de las buenas prácticas de la investigación.

## 2.10. La historia no es historia de su escritura sino de los acontecimientos

Nietzsche advierte sobre la confusión respecto de los hechos históricos cuando asegura que no los hay por sí mismos. Siempre se ha de empezar por introducir un sentido para que pueda reconocer en los hechos un acontecimiento, es decir, una existencia lingüística y, en consecuencia, ideológica o conceptual. De ahí que la trascendencia de los hechos dependa de un proceso retórico, de una construcción de sentido. Roland Barthes (1967) señala la tautología o el bucle de la representación histórica. Se anota lo que se observa, es decir, unos hechos, pero se observa lo que es digno de ser anotado, o lo que es lo mismo, lo que tiene sentido a los ojos del investigador.

Richard Rorty (1979) denuncia el prejuicio que se esconde en la falacia positivista, que cree ser mero testimonio de una realidad. La falacia positivista consiste en creer que la predicación del hecho es una copia de la realidad. Pero un acontecimiento no es solo aquello de lo que tenemos conocimiento, sino lo que puede y merece ser contado. A su vez, Barthes añade que el discurso histórico es una elaboración ideológica, una representación de lo real. Asevera que la historia no es tanto lo real como lo inteligible. Por su parte, Emilio Lledó (1991) completa el cuadro historiográfico con el principio de que la historia del pensamiento es la historia de la escritura (Certeau 1975). ¿Por qué? Porque la escritura es silenciosa, no proclama su sentido mediante el mero ejercicio de la lectura.

El silencio de la escritura es un principio de la interpretación histórica que procede del modelo filosófico de la hermenéutica. Según él, el lector se halla sólo ante el texto y se apercibe de que el escrito no proclama, no grita sus sentidos, porque es un espacio neutro y silencioso. El lector o el historiógrafo han de responder de su libertad interpretativa, que no es una prerrogativa, sino una responsabilidad, sometida a los mismos requisitos que el habla. La interpretación ha de conseguir la calidad y la validez de la intersubjetividad; dicho en otros términos, está sometida a unos procedimientos objetivos y contextuales, convencionales e históricos. Añade Lledó (1991: 53) que “nos hemos acostumbrado a pensar en la obra escrita como un proceso *acabado*, perfectamente, por su autor”. Contra esa apariencia engañosa sostiene que “se trata de descubrir en el lenguaje

ajeno, en la voz del otro que, con la escritura alcanza al lector, la coherencia, sentido, significatividad que es capaz de engarzar con nuestro discurso, o sea con nuestro tiempo”.

La obra no es un producto sino un proceso o, mejor dicho, el material de un proceso comunicativo que llegará a ser inagotable, porque es solidario con las expectativas lectivas. La obra no asume todas las posibles intenciones que el autor ha depositado en ella y que dispersó en el acto de la escritura. En este sentido, Barthes (1968: 65) destaca que “hoy en día sabemos que un texto no está constituido por una fila de palabras, de las que se desprende un único sentido, teológico, en cierto modo (pues sería el mensaje del Autor-Dios), sino por un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas procedentes de los mil focos de la cultura”. La clara apelación a la interdiscursividad que hace Barthes, sitúa el texto en una vastedad temporal y funcional, que antecede la consciencia autoral y también la trasciende.

Ello justifica la relevancia de la teoría hermenéutica o de la interpretación. Leemos la definición que aporta Lledó.

“Toda la teoría de la interpretación radica, precisamente, en el silencio y soledad de un texto, cuya *real* contextualización acaba cuando acaba la línea que lo compone. Todo lo demás es ya el diálogo que establece el lector con el texto mismo, desde la perspectiva de otra memoria distinta de la que, en la escritura, se le presenta” (Lledó 1991: 99).

Ciertamente, el texto es central en este proceso, pero no juega un papel dinámico, ya que la acción procede de los agentes de la lectura. El texto es escritura, es estructura formal, identidad genérica —registro, terminología, referencia, citas y otras convenciones expresivas— y es soporte de significados. Sin embargo, corresponde al lector desarrollar un proceso creativo para construir un sentido del texto, un sentido que no se halla sólo en el texto, sino en su relación con el lector.

Para dar una respuesta al silencio de la escritura, para evidenciar la engañosa suficiencia del texto y para atribuir un papel coherente a los agentes de la historiografía, la teoría hermenéutica propone un círculo interpretativo, un proceso circular, progresivo y crítico. El mencionado círculo abarca tres instrumentos, que son las secuencias, las referencias y las identidades éticas. Las secuencias activan un procedimiento que comienza con el examen del conjunto textual y que pasa después a considerar las partes, para volver a la visión de conjunto con nuevas observaciones, y así sucesivamente. En segundo lugar, las referencias explican la explícita enunciación de los paradigmas que participan en la lectura de un texto; el conocimiento que tiene el lector del actual horizonte histórico le permite afrontar mejor el silencio de la escritura y explorar sus sentidos. En último lugar, las identidades éticas refieren que la investigación hermenéutica es una edificación personal que utiliza el diálogo entre los discursos y los interlocutores.

### 3. El futuro del pasado

La crítica de los prejuicios que hemos expuesto facilita la comprensión y la práctica de la historia de la lingüística. Presenta mecanismos de su escritura, tanto desde la lógica externa como de sus diversos contextos. Recuerda la función simbolizadora del relato histórico, que permite a los lingüistas asumir un pasado que abre un espacio nuevo en nuestro presente. La comprensión y la aplicación de unos términos y unos principios interpretativos son la clave de esa apropiación intelectual. Con el concurso de la historia, la lingüística puede madurar como una ciencia del lenguaje integradora, abierta a una multiplicidad de corrientes, a la diversidad del canon y a una praxis crítica.

La remoción de los diez prejuicios apuntados aquí comporta considerar la historia no ya como una catedral, construida sillar a sillar para siempre, sino como un proceso, una actividad atenta a su tiempo y su comunidad. Por otra parte, la historia no está hecha de acontecimientos del pasado sino del discurso actual que los interpreta a la luz de las inquietudes contemporáneas. El relato de la historia no es como un río ni avanza en una cronología continua, porque organiza sus episodios como partes de una intriga o de una trama narrativa. Los lingüistas desestiman, por acientífica y sectaria, la opinión de que no importa el conocimiento de su tradición o de que solo es relevante la de la propia escuela. Tampoco se establece una distinción excluyente entre las fuentes de la prosa académica y las obras literarias. No se considera un requisito fundamental que el historiador sea un lingüista dedicado exclusivamente a la historia. Y se atribuye al historiador el don de la perspicacia, también denominado don profético. Este rasgo, intelectualmente arriesgado, ha de congeniar con una práctica atenta a la ética profesional. En último lugar, una fuente privilegiada del historiador es el conjunto de escritos de sus colegas contemporáneos y de la tradición.

La crítica de estos prejuicios nos disuade de tratar los objetos de la historia como fósiles. Desenmascara el mito del pasado como algo inmutable, mientras se celebra en el presente las nuevas ideas que agitan la comunidad científica. Dicho de otro modo, mediante dos imágenes opuestas, esta crítica rebate el mito de la historia como una realidad encerrada en la penumbra, opuesta a la del sol que luce en el exterior y que anima a la vida.

Para evitar ese mal, la historia de la lingüística apela al principio de realidad al recordar que trabajamos con una variedad de paradigmas en competencia, determinados por la perspectiva con que se estudia el lenguaje y la comunicación. De este modo no habremos de padecer la experiencia de que las peores heridas que la lingüista sufra sean en su memoria.

Xavier Laborda  
Universidad de Barcelona  
[xlaborda@ub.edu](mailto:xlaborda@ub.edu)



## Referencias bibliográficas

- Barthes, Roland (1967): "El discurso de la historia", Roland Barthes, *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós, 1987, pp. 163-177.
- Barthes, Roland (1968): "La muerte del autor", Roland Barthes, *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós, 1987, pp. 65-71.
- Bernárdez, Enrique (2008): *El lenguaje como cultura*, Madrid: Alianza.
- Bruner, Jerome (1986): *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, Barcelona: Gedisa, 1994.
- Bruner, Jerome (1990): *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Madrid: Alianza Editorial.
- Bugarski, Ranko (1976): "The object of Linguistics in Historical Perspective", Herman Parret, *History of Linguistic Thought and Contemporary Linguistics*, Berlín: W. de Gruyter, pp. 3-12.
- Certeau, Michel de (1975): *La escritura de la historia*, México DF: Universidad Iberoamericana, 1994.
- Chartier, Roger (1993): "Narración y verdad", *El País*, 29-7-1993, suplemento sobre historia.
- Dosse, François (2001): *Història. Entre la ciència i el relat*, Valencia: Universitat de València.
- Eco, Umberto (1993): *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*, Barcelona: Crítica, 1994.
- Eco, Umberto (1994): *La isla del día de antes*, Barcelona: Plaza & Janés, 1997.
- Foucault, Michel (1971): "Nietzsche, la genealogía, la historia", Michel Foucault, *L'orde del discurs i altres escrits*, Barcelona: Laia, 1982, pp. 149-179.
- Laborda, Xavier (2002): "Historiografía Lingüística: Veinte principios del programa hermenéutico", *Revista de Investigación lingüística*, Nº 1, Vol. V, pp. 179-207.
- Laborda, Xavier (2013): *El anzuelo de Platón. Cómo inventan los lingüistas su historia*, Barcelona: UOC.
- Laborda, Xavier (2017a): *¿Por qué ser lingüista? La historiografía bionarrativa*, Barcelona: Horsori.
- Laborda, Xavier (2017b): *La historia de la lingüística en 10 mitos y profecías*, Barcelona: UOC.
- Law, Vivien (2003): *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*, Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- Lepschy, Giulio (ed.) (1990-94): *History of linguistics*, Londres: Longman, 1998.
- Lledó, Emilio (1991): *El silencio de la escritura*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Lozano, Jorge (1987): *El discurso histórico*, Madrid: Alianza Universidad.
- Lukacs, John (2011): *El futuro de la historia*, Madrid: Turner.
- Robins, Robert Henry (1967, 1997): *Breve historia de la lingüística*, Madrid: Cátedra, 2000.
- Rorty, Richard (1979): *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid: Cátedra, 1989.
- Sebeok, Thomas E. (ed.) (1963-1976): *Current Trends in Linguistics*, Vol. 13, The Hague: Mouton, 1975.
- Veyne, Paul (1971): *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- White, Hayden (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore: The John Hopkins University Press.
- White, Hayden (1987): *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore: The John Hopkins University Press.